

JORGE GUNDEMAR

LA
MUJER
QUE **BARRÍA** EL
DESIERTO



CASA d' CARTÓN

LA MUJER
QUE BARRÍA EL
DESIERTO

Jorge Gundemar

LA MUJER
QUE BARRÍA EL
DESIERTO



CASA DE CARTÓN

© Jorge Gundemar, 2008
© Editorial Casa de Cartón, 2015

Editorial Casa de Cartón
Calle Arroyo Fontarrón 115, 5B
28030, Madrid - España
www.casadcarton.es
www.casadcarton.com

Primera edición: Mayo 2015
ISBN: 978-84-943027-4-9

Todos los derechos reservados.

Printed in Spain

*La Osa
Mayor juega
con dos
niños en la arena.
Olas
entre el mar y ella.*

Reanudo mi día de conejo,
mi noche de elefante en descanso.

CÉSAR VALLEJO

I

Mi abuelo es alto y flaco como una farola. Tiene un bigote blanco que se frota con el dedo cuando está nervioso. Uhm, dice y sus cejas se juntan tanto que le aparece otro bigote encima de los ojos. Y entonces, yo ya sé, hay que salir pitando porque si no...

Cuando duerme, silba y ronca como un oso en una caverna y toda la habitación retumba. Hasta las ventanas.

Mi abuelo siempre dice que nació en ese lugar lejano y misterioso que antes se conocía como la zona tórrida. Lleno de plantas y bestias nunca vistas. Con desiertos malditos, montañas descomunales que parecen raspar el cielo y quitarle agua a las nubes y selvas tan misteriosas y mortales como una sirena. Él dice que allá, donde él nació, incluso muchos exploradores murieron persiguiendo las riquezas de una ciudad entera de oro.

Mi mamá y mi papá también son de allí.

Yo, en cambio, nací aquí, en Madrid. Mientras el abuelo vivía todavía en su casa, hablábamos siempre de allá. Pero desde que vino, dejamos de hacerlo. «¿Por qué ya ni siquiera dicen el nombre de nuestra

patria?», se queja siempre. «La tierra es tu casa, caramba y no hay que olvidarla», se enfada y junta mucho las cejas. Pero, bueno, eso fue al principio. Ahora ya no tanto.

Otra cosa importante de mi abuelo es que no le gusta correr. Tampoco saltar. Eso sí, le agrada dibujar en la tierra. A veces, después del cole, cuando vamos al parque y empiezo a jugar, veo cómo él se sienta en la banca y hace pájaros, monos y arañas en la arena. El mono es su favorito. Apenas tiene una ramita, se sienta y zás, ya está, ese animal largo y flaco con la cola enrollada.

—El simio más grande del planeta —dice.

—Te equivocas —le corregí la primera vez que vi su garabato—. Es King Kong.

—¿Y qué tiene que ver el ping-pong aquí?

Ah, claro, también es muy sordo. Por eso hay que hablarle muy alto hasta que entiende. Aunque, eso sí, no le gusta que le hagan muchas preguntas porque entonces se toca la frente y dice, «qué dolor de cabeza».

Pero cuando hay que tenerle mucha, pero mucha paciencia es cuando se pone a contar un cuento.

—Érase una vez una niña que tenía los ricitos de lata —comenzó una tarde en casa.

—Eh... que es de oro.

—¿Qué loro?

—¡Que es Ricitos de oro! ¡O-ro!

—Bueno, de oro. Entonces un día va su mamá y le dice: Escucha, Ricitos, coge tu caperucita amarilla y...

—¡Esa es la historia de la caperucita! Y es roja, no amarilla. ¿Y los osos?

—¿Qué mozos?

—¡O-sos...! ¡Ricitos se metió en la casa de los osos!

—¿Y se la comieron? —el abuelo abrió los ojos sorprendido.

—No.

—Anda, chico, tú que lo sabes mejor, cuéntame. ¿Qué pasó?

Fue un lío. Mi mamá dice que el abuelo no sabe ningún cuento de hadas porque sus padres se murieron y él, a los seis años, tuvo que irse a vivir con una tía muy vieja y a trabajar en un mercado.

Por eso, desde esa tarde, yo a veces saco mi libro y leo a gritos, porque el abuelo no escucha nada bien y se confunde. A mi mamá esto no le gusta nada. Siempre nos echa por hacer demasiado ruido.

—Pero, mamá —protesto, pero no funciona. Con ella nunca se puede.

Entonces mi abuelo y yo ya sabemos, vamos a nuestra habitación y continuamos en paz.

Sin embargo, algo cambió la semana pasada. Al salir del cole, lo vi así como muy misterioso a todas horas, tocándose la frente y con las cejas-bigote muy juntas. En el parque ni dibujaba nada y se quedaba quieto mirándome en silencio. Así estuvo varios días hasta que, de pronto, hace dos noches, justo cuando íbamos a dormir, desde la parte de abajo de la litera me llamó:

—Pssst.

—¿Qué!

—Baja la voz, que tu mamá viene y nos regaña.

—Es que si no, no escuchas, abuelo.

—¿Qué caramelo?

Esas es otra costumbre suya. Como es muy sordo, cuando digo la palabra «abuelo» él siempre piensa que le pido caramelos y se enfada.

—¡Ya ves! ¡Que no escuchas!

—Así, así. Habla así de bajito.

—¡Bien!

—Te voy contar una historia.

—¡Mejor no, abuelo!

—Es importante.

—¿En serio!

—Sí.

—¿No será de la Ricitos?

—No... Esta es de verdad.

—¿Y por qué es importante!

—Porque pasado mañana es 8 de junio.

—¿Y...?

—Escucha y verás...

—¡Bueno...!

—Yo tenía ocho.

—¡Qué año era!

—1954.

—Uff...

—Era muy temprano y yo había terminado de cargar unas cajas de frutas.

—¡En el mercado donde trabajabas?

—Sí. Y al momento de pagarme, el dueño del puesto me quiso engañar.

—¿Por qué?
—Porque yo no sabía sumar bien.
—¿Y cómo te diste cuenta?
—Porque no soy tan tonto, caramba. Faltaban monedas.
—¿Qué hiciste?
—Le reclamé.
—¿Te pagó?
—«¡Vete, mocoso! ¡Largo de aquí!», gritó y con una bofetada me tumbó al suelo.
—¿Y?
—Fue entonces cuando apareció ella.
—¿Quién?
—Una señora rubia, alta y flaca. Muy flaca.
—¿La conocías?
—De vista, nomás. Cuando iba de compras por el mercado, la gente murmuraba: «Cuidado, ahí va la loca del desierto».
—¿En serio?
—Sí.
—¿La loca te defendió?
—Ella se enfrentó al dueño del puesto y consiguió que me pagase. Increíble, ¿no?
—¿Entonces?
—Ella cogió el dinero del hombre y luego me ayudó a ponerme de pie: «Cálmate. Mira, allí hay un puesto de comida. Te invito a desayunar. ¿Quieres?».
—¿Qué le dijiste?
—Era un desayuno gratis, ¿qué crees?
—Pero era una loca.

—Por eso, la seguí de lejitos, por si acaso. Ella llevaba una bolsa de plátanos. «Me gustan mucho», dijo. Y me di cuenta que además cargaba una escoba muy vieja en la otra mano.

—Estaba más loca que una cabra, ¿verdad?

—No... Nada de eso. Era listísima.

—¿En serio?

—Sí. ¿Sabes? Nadie en toda la ciudad lo sabía, pero en el desierto que estaba cerca había un tesoro muy misterioso.

—¿Un tesoro?

—Tal vez, uno de las más grandes del planeta.

—¿En serio?

—Claro. Por eso te estoy contando.

—Ah... Sigue, abuelo.

—¡Que no es hora de caramelos, chico!

—¡No...! ¡Que sigas, abuelo! ¡Qué más pasó?

—«Ay, no me he presentado. Perdona que sea tan maleducada», me dijo justo antes de sentarnos en el puesto de comida.

—Parece que era buena gente...

—«Encantada de conocerte. Me llamo María» dijo y, sonriendo, me extendió su mano con cuatro dedos.

—¿Cuatro dedos?

—Le faltaba el dedo medio de la mano izquierda. Se lo cortaron para no quitarle todo el brazo.

—Mmm... Un tesoro misterioso, una escoba vieja, cuatro dedos... Ya sé, ¡era una pirata! ¡No, una bruja! ¡Una pirabruja!

—Je, je, je... Espera y escucha.



- Vale.
- ¿Sabes qué me dijo cuando ya esperábamos a que nos trajesen el desayuno?
- ¡Qué!
- Baja la voz, chico.
- ¿Qué te dijo?
- Me preguntó: «¿Quieres ver algo impresionante?». «Bueno...», le respondí. Entonces sacó un papel y lo extendió en la mesa.
- ¡Lo sabía! ¡El mapa del tesoro!
- Ahora, atento. Te voy a decir su nombre, pero tienes que prometer que no olvidarás jamás lo que te voy contar.
- ¡Te lo prometo, abuelo!
- Muy bien.
- ¿Quién era ella? ¡Quién!
- María Reiche, la mujer que barría el desierto.